

presentársele en lo sucesivo al hombre con el vigor de la impresión primera, ó bien porque esa quintaesencia de todo conocimiento, esas primeras copias de la comprensión exigen el grado más alto de energía de la acción cerebral, que requiere como condiciones la frescura y la flexibilidad de los tejidos del cerebro, así como la vivacidad de la afluencia de la sangre arterial, y esta última condición sólo se mantiene mientras el sistema arterial predomina marcadamente sobre el sistema venoso, predominio que decrece desde que se pasa de los treinta años, para desaparecer completamente y ceder la ventaja al sistema venoso hacia los cuarenta y dos años, como Cabanis lo expone en sus admirables lecciones. De ahí que el periodo que media entre los veinte años y los principios de la treintena sea para la inteligencia lo que Mayo es para los árboles: la época en que florecen, anunciando los frutos por venir. El mundo intuitivo ha producido su impresión y ha depositado los gérmenes de todos los pensamientos futuros del individuo. Podrá éste con sus meditaciones ulteriores aclarar lo que ha percibido y adquirir todavía muchos conocimientos con que nutrir los frutos ya germinados; podrá ensanchar su horizonte, rectificar sus nociones y sus opiniones; podrá hacerse maestro en las materias ya adquiridas, combinándolas diversamente; con frecuencia no producirá sus mejores obras hasta mucho más tarde, del propio modo que los grandes calores no llegan hasta después que han comenzado á menguar los días, pero no hay que esperar nuevos conocimientos originales tomados de la fuente, de la única fuente viva, de la intuición. Este sentimiento fué el que arrancó á Byron aquella admirable queja:

«Nunca jamás ¡ay!, nunca jamás volverá á caer

sobre mí como rocío, la frescura de corazón que de todas las cosas encantadoras que contemplamos extrae emociones bellas y nuevas, conservadas en nuestro seno como la miel de la abeja... ¿Crees tú que la miel nació con esas cosas? ¡Ay! no es de ellas, sino de tus propias facultades, de lo que depende el superar hasta á la suavidad de la flor.»

Creo haber puesto en claro con lo que precede la importante verdad de que el conocimiento abstracto, así como tiene su fuente en el conocimiento intuitivo, toma asimismo todo su valor de su relación con éste, y por tanto, de la posibilidad de comprobar por medio de intuiciones todos sus conceptos ó representaciones parciales. Lo esencial es la cantidad de estas intuiciones. Los conceptos, las abstracciones que no conducen en último término á alguna intuición, se parecen á las sendas sin salida que suele haber en los bosques.

La gran utilidad de los conceptos consiste en que permiten manejar más fácilmente la materia prima del conocimiento; abarcarla y clasificarla mejor. Mas por facilidad que den para estas numerosas operaciones lógicas y dialécticas, no saldrá de ellas ningún conocimiento original y nuevo, ningún elemento que no se halle ya en la intuición, que no pueda sacarse de la conciencia de sí. Esta es la verdadera significación de la sentencia atribuida á Aristóteles: *nihil est in intellectu, nisi quod prior fuerit in sensu*, y este es también el sentido de la filosofía de Locke, que por haber planteado y discutido seriamente la cuestión del origen de nuestros conocimientos, señalará por siempre una época en la ciencia. También es esto, en lo esencial, lo que enseña la crítica de la razón pura, puesto que prescribe no detenerse en los conceptos, sino remontarse á su origen, y por consiguiente, á la intuición;

á lo cual agrega la consideración exacta é importante de que aquello que se aplica á la intuición misma se extiende con la propia autoridad á sus condiciones subjetivas, es decir, á esas formas que existen predisuestas, á título de funciones naturales, en el cerebro que percibe y piensa, si bien estas formas, virtualmente al menos, preceden á la intuición sensible propiamente dicha; es decir, que son *a priori* y no dependen de la intuición, sino que, á la inversa, ésta depende de ellas. En efecto, dichas formas no tienen otro fin ni otra utilidad que crear la intuición empírica desde que se produce la impresión en los nervios sensibles, así como existen otras formas destinadas á producir enseguida, con los datos de la intuición, los pensamientos en abstracto.

La crítica de la razón pura es, pues, á la filosofía de Locke lo que el análisis infinitesimal á la geometría elemental; pero es, con todo, la continuación del sistema de Locke.

El asunto propio de toda filosofía no es, pues, otro que la conciencia empírica que se descompone en conciencia del propio yo (conciencia íntima) y conciencia de los demás objetos (conciencia de lo exterior). Esto es lo único inmediata y realmente dado.

Toda filosofía que en vez de partir de esto tome por punto de partida nociones abstractas, elegidas á voluntad, tales como lo absoluto, la sustancia absoluta, Dios, lo infinito, lo finito, la identidad absoluta, el ser, la esencia, estará en el aire, carecerá de base y no podrá conducir á ningún resultado real. Y sin embargo, en todos los tiempos han ensayado este sistema los filósofos. Kant mismo, á veces, obedeciendo á la tradición y más bien por costumbre que por consecuencia lógica, define la filosofía como una ciencia basada sobre

simples conceptos. Semejante ciencia trataría de sacar de representaciones parciales (las abstracciones no son otra cosa) lo que no encuentra en las representaciones completas (las intuiciones), de donde las primeras han salido por eliminación. La posibilidad de los silogismos es lo que induce á proceder así, porque relacionando juicios se produce un resultado nuevo; pero esto es más aparente que real, pues el silogismo solamente hace resaltar lo que existía ya en las proposiciones dadas y la conclusión no puede contener más de lo contenido en las premisas.

Es cierto que los conceptos son los materiales de la filosofía, pero lo son del mismo modo que los bloques de mármol para el escultor. La filosofía no debe operar *sobre* conceptos, sino *con* conceptos, lo cual quiere decir que debe depositar sus resultados en nociones abstractas; pero no tomar éstas como datos ni como puntos de partida. Para hallar un ejemplo claro del falso sistema que consiste en proceder por puras abstracciones, basta fijar los ojos en la *Institutio theologica* de Proclo, y no se tardará en convencerse de la nulidad de semejante método. Allí se acumulan abstracciones como *unum, multa, bonum, producens, et productum, sibi sufficiens, causa melius, mobile, immobile, motum*, pero se desdeñan y se dejan á un lado las intuiciones á las cuales deben aquellas su nacimiento y su sustancia; después se construye con estos conceptos una teología, pero ocultando el fin último el *θεος*, afectando la apariencia de proceder sin propósito preconcebido, como si desde la primera página no supiera el lector tan bien como saberlo pueda el autor, cuál ha de ser el desenlace.

Ya he citado antes un fragmento y á la verdad dicha lucubración de Proclo, parece hecha de propósito

para mostrar claramente hasta qué punto son ilusorias y carecen de valor esas combinaciones de nociones abstractas, sobre todo si además se explota la ambigüedad de algunas palabras como *κρηττον*, v. gr. Si se preguntase á cualquiera de esos arquitectos de conceptos dónde se hallan todas las cosas de que hablan tan extensamente y cómo ha aprendido las leyes de donde saca sus razonamientos, se vería en la necesidad de referirse á la percepción empírica en la cual únicamente se representa el mundo real, de donde están sacados los conceptos. Entonces no habría más que preguntarle por qué no toma desde luego como punto de partida el mundo real, puesto que así podría comprobar á cada paso sus afirmaciones, en vez de valerse de conceptos extraídos de aquel mismo mundo y que no tienen otro valor que el que reciben de él. Pero en esto consiste la trampa; pues mediante tales conceptos, con los cuales se representa como separado lo que es inseparable y se concilia lo inconciliable, se pasa más allá de la intuición que les dió origen y por tanto más allá de los límites en que su aplicación (la de los conceptos) es posible, penetrando en un mundo diferente de aquel que suministró los materiales del edificio, ó sea en el mundo de las vanas quimeras.

He citado á Proclo, porque en su citada obra el procedimiento se descubre facilmente, á causa de la cándida impudencia con que lo practica; pero el mismo Platón nos ofrece algunos ejemplos, si bien menos notorios, y en general abundan en la literatura filosófica de todas las épocas. La de nuestro tiempo es muy rica en ellos. Véanse por, por ejemplo los escritos de la escuela de Schelling y admírese los edificios construídos con abstracciones tales como finito, infinito, ser, no ser, actividad, impedimento, producto, límite, ser limitado,

unidad, multiplicidad, variedad, identidad, diversidad, indiferencia, pensar, esencia etc. No sólo se aplica á estas construcciones cuanto hemos dicho anteriormente sino que pudiéndose pensar infinidad de cosas *con* tan amplias abstracciones, es muy poco lo que se piensa *en* cada uno de esos conceptos que son cáscaras vacías. De ahí que sea tan ruín la substancia de las discusiones filosóficas, originándose como consecuencia lo aburrido de ellas. No quiero recordar el abuso que Hegel y sus compinches hicieron de estas vacías abstracciones; temería dar náuseas al lector y padecerlas yo mismo, pues nada hay tan aburrido como el huero galimatías de ese repugnante filosofastro.

En la Filosofía *práctica* tampoco se puede llegar á conocimiento alguno por las meras nociones abstractas, y esta es la única enseñanza que se saca de los estudios morales con que el teólogo Schleiermacher ha aburrido á la Academia de Berlín durante una serie de años y que se han publicado recientemente. El punto de partida de estos estudios consiste siempre en conceptos, tales como deber, virtud, bien supremo, ley moral, etc., conceptos que se admiten sin otra justificación que la de hallarse en todos los sistemas de moral, considerándolos como datos adquiridos. En seguida se discurre sobre ellos, muy sutilmente, pero sin decir jamás una palabra del origen de estas abstracciones; sin marchar derechamente al fin, á la vida humana, que es, sin embargo, lo único á que se refieren tales conceptos, la fuente de que se suponen sacados y el objeto verdadero de la moral. De ahí que esas diatribas sean tan inútiles é infructuosas como aburridas. Siempre ha habido personas de la especie de ese teólogo demasiado *filosofador*; mientras viven son célebres, pero luego caen en el olvido. Aconsejo leer á los auto-

res, cuya suerte ha sido la contraria, pues la vida es breve y el tiempo precioso.

Aunque, según lo que acabamos de decir, no se debe tomar por fuente de conocimiento, ni por punto de partida, ni por objeto propio de la filosofía, esas vastas abstracciones que no comprueba intuición ulterior alguna, ocurre á veces que ciertos resultados aislados son de tal naturaleza, que no podemos hacer otra cosa que pensarlos en abstracto, sin que sea dable comprobarlos por medio de la intuición. Un conocimiento de esta clase será siempre un conocimiento á medias: indica, por decirlo así, el lugar donde se halla la cosa que queremos conocer, mas ésta permanece obscura. Por eso no debemos contentarnos con tales nociones más que en casos extremos, cuando se ha llegado al límite de los conocimientos accesibles á nuestras facultades. Tal sería, por ejemplo, la noción de la existencia fuera del tiempo ó bien esta proposición: «la indestructibilidad de nuestra esencia real por la muerte, no implica la continuidad de esta esencia». En nociones de este género, lo intuitivo, el terreno sólido que soporta el conjunto de nuestro conocimiento, nos falta en cierto modo. He ahí por qué las especulaciones filosóficas pueden, en caso de absoluta necesidad, ir á parar á semejantes nociones, mas nunca deben partir de ellas.

Esta manera de proceder por medio de vastas abstracciones sin volver jamás al conocimiento intuitivo del cual han sido deducidas, y que es su comprobación natural y permanente, ha sido en todos los tiempos la principal fuente de errores de la filosofía dogmática. Una ciencia que consiste en la mera comparación de conceptos, compuesta únicamente de proposiciones generales, no puede ofrecer certeza como no sean todas

esas proposiciones juicios sintéticos *a priori*, cual sucede en las matemáticas, pues sólo estos juicios no admiten excepción. Si, por el contrario, las proposiciones tienen algo de empíricas, esta parte debe mirarse siempre con cuidado, á fin de comprobar las proposiciones generales. Las proposiciones experimentales, cualquiera que sea su naturaleza, no son jamás exactas sin reservas; no tienen más que un valor general aproximado, pues en su esfera no hay regla sin excepción. Si relaciono proposiciones de esta especie unas con otras, encadenando entre sí las esferas de sus nociones, podrá ocurrir fácilmente que una noción venga á encontrarse con otra en el punto preciso en que se halla la excepción, y si en el curso de un largo encadenamiento de silogismos ocurre esto, aunque sea una sola vez, todo el edificio queda arrancado de sus cimientos y en el aire. Si digo, v. gr., «los rumiantes no tienen incivos anteriores», y aplico esta proposición con sus consecuencias al camello, la verdad desaparece, pues la proposición sólo es aplicable á los rumiantes cornudos.

Esto es lo que Kant censura con energía, y consiste precisamente este vicio en encadenar conceptos unos con otros sin cuidarse de su origen respectivo ni examinar la exactitud del encadenamiento ni las circunstancias que pueden excluir de él. Con este procedimiento se llega, dando rodeos más ó menos largos, á cualquier resultado propuesto de antemano; por eso no se diferencia del sofisma más que en el grado. En la teoría, el sofisma equivale á las trapacerías en la práctica. Platón mismo se ha dejado llevar alguna vez de estas sutilezas. Como ya hemos visto, Proclo, como buen imitador, exageró este defecto de su modelo. Dionisio Areopagita, en su *De divinis nomini-*

*bus*, incurre también en esa falta. Pero ya encontramos ejemplos bien marcados de ella en los fragmentos del eléata Melisso (véase los párrafos 2 á 5 en Brandis, *Coment. Eleat.*) Su manera de proceder por medio de conceptos que no llegan nunca á ponerse en contacto con la realidad á la que deben su contenido, y que flotan perpetuamente en una atmósfera de generalidades absurdas y pasan por encima del mundo real, le hace comparable á un hombre que se entretuviera en dar palos al aire. El filósofo neoplatónico Salustio es todavía un modelo más acabado del razonador de este género en su obrita *De diis et mundo*, principalmente en los capítulos 7.º, 12 y 17. Pero en materia de sutileza filosófica, que toca ya los linderos del sofisma declarado, es un ejemplo único el razonamiento siguiente del filósofo Maximino Tirio, fragmento que, por no ser largo, voy á copiar:

«Toda injusticia consiste en privar de un bien; mas no hay otro bien que la virtud, y la virtud no puede ser arrebatada; por consiguiente, es imposible que el virtuoso padezca injusticia por parte del malo. Siguese de ahí, ó que nadie puede padecer injusticia, ó que sólo la padecerá el malo por obra del malo. Pero el malo no posee bien alguno, puesto que el único bien es la virtud; luego no es posible privarle de bien ninguno, y por tanto no puede padecer injusticia. Así, pues, la injusticia es una cosa imposible.»

Quiero ofrecer todavía otro ejemplo, éste moderno, de una demostración del mismo género, en que por medio de nociones abstractas se enuncia como verdadera una proposición evidentemente absurda. La tomo de las obras de un gran hombre, de Jordano Bruno. En su libro *Del infinito, universo e mundi*, pág. 87 de la edición de A. Wagner, demuestra por boca de un

aristotélico (sirviéndose de un pasaje que aquél exagera del tratado de Aristóteles, *De coelo*, I, 5), que más allá del mundo no puede haber espacio. El mundo, dice, está encerrado en la octava esfera de Aristóteles, y más allá de ésta no puede haber espacio. Si existiera fuera de ella algún cuerpo, ó sería simple ó compuesto. En seguida da por sentado, á fuerza de sofismas, que no puede haber allí ningún cuerpo simple, y después afirma que tampoco puede haber alguno compuesto, puesto que le formarían simples. Luego no existe en ese más allá cuerpo alguno, ni por consiguiente *espacio alguno*; pues según su definición, espacio es «aquello en que pueden existir los cuerpos»; y como acaba de probarse que allí no puede existir cuerpo ninguno, tampoco podrá existir espacio. Este final es el colmo de la demostración por medio de abstracciones. Se funda, en último término, en que la proposición «donde no hay espacio no puede haber cuerpo», es considerada como negativa general, é invirtiéndola simplemente, se dice: «donde no puede haber cuerpos, no hay espacio». Pero la proposición primera, si se la examina bien, es afirmativa general, pues equivale á decir «todo lo que está privado de espacio, carece de cuerpo», y no es convertible *simpliciter*.

Mas no siempre es tan fácil como en este caso reducir á una falta de lógica las demostraciones por medio de conceptos cuyo resultado está en abierta contradicción con la intuición (en el ejemplo anterior con el espacio infinito). El sofisma no está siempre en la forma, sino las más veces en el fondo, en las premisas, en la indeterminación de las nociones y de su extensión. Hallamos pruebas numerosas en Spinoza, cuyo método consiste precisamente en argumentar con conceptos. No hay más que leer, v. gr., los lamentables sofis-

más á que se entrega en su Etica (P. IV, prop. 29 á 31), aprovechando las significaciones múltiples de estos conceptos vagos: *convenire* y *commune habere*. Esto no impide á los neospinozistas de nuestra época tomar como un Evangelio cuanto dice su ídolo. Entre ellos, los hegelianos sobre todo, de los cuales todavía quedan algunos, resultan verdaderamente cómicos por su veneración tradicional hacia esta sentencia de Spinoza: *omnis determinatio est negatio*. Con el charlatanismo propio de su escuela, aparentan creer que esta máxima es capaz de conmover al mundo, cuando es tan vulgar como inútil, pues el hombre de más cortos alcances no puede menos de comprender que, cuando limita una cosa con determinaciones, excluye y niega por consecuencia todo lo que se encuentra fuera de esos límites.

Todas estas sutilezas muestran qué falsas rutas se abren á esas especulaciones algébricas por medio de puras nociones, no comprobadas por intuición alguna, y prueban, además, que la intuición es para nuestra inteligencia lo que el terreno sólido para nuestro cuerpo. Cuando se abandona el terreno de la intuición, todo se convierte en *instabilis tellus, innabilis unda*. En gracia á lo que tienen de instructivo la exposición que he hecho y los ejemplos que he citado, me perdonarán los lectores que me haya extendido tanto. Lo he hecho para hacer resaltar bien y para demostrar la gran diferencia, ó mejor, el contraste, no bien apreciado hasta ahora, entre el conocimiento intuitivo y el conocimiento abstracto y reflexivo; contraste que mi filosofía tiende á esclarecer, pues muchos fenómenos de nuestra vida intelectual no pueden explicarse sino por medio de él. El eslabón intermediario que relaciona estos dos modos de conocimiento es, como dije en el pá-

rrafo 14 del primer volumen, la facultad del juicio. Es verdad que su acción se ejerce exclusivamente en el dominio del conocimiento abstracto, donde no compara otra cosa que nociones entre sí, siendo todo juicio, en el sentido lógico de la palabra, obra de la facultad de juzgar, puesto que esta operación consiste siempre en incluir una noción más restringida en una noción más amplia. Mas, sin embargo, esta actividad del juicio, que consiste únicamente en comparar nociones con otras nociones, es menos difícil que la que consiste en pasar de lo individual, de lo intuitivo, á lo que es general por naturaleza, ó sea á la noción. En efecto, en la primera en estas operaciones, mediante la cual se descomponen las nociones en sus atributos esenciales, la compatibilidad ó incompatibilidad de ellas puede esclarecerse por la vía meramente lógica, y la simple razón, tal como la posee todo individuo, basta para ello; de donde se infiere que la facultad de juzgar no tiene en esto otra misión que la de abreviar la operación citada, en cuanto el hombre dotado de seguro juicio ve rápidamente y de una ojeada lo que los demás no pueden descubrir sin una serie previa de reflexiones. Pero la actividad, propiamente dicha de esta facultad, en sentido estricto, no se manifiesta sino en aquellos casos en que se trata de transportar al conocimiento abstracto un objeto del conocimiento intuitivo, una realidad, un objeto de la experiencia, que hay que referir á nociones congruentes, depositándole de este modo en el saber reflexivo. Por esto pertenece á dicha facultad el echar los sólidos cimientos de todas las ciencias, pues estos cimientos son siempre conocimientos inmediatos, más allá de los cuales no se puede ahondar. En estos juicios fundamentales de las ciencias reside su dificultad y no en las conclusiones que

se sacan de ellos. Concluir es fácil, juzgar difícil. Son raras las conclusiones falsas, frecuentes los falsos juicios. En la vida práctica es también el juicio el que inclina la balanza en todas las situaciones graves, en todas las decisiones importantes que hay que tomar; es el magistrado supremo que sentencia respecto al fondo de las cuestiones. Como una lente concentra todos los rayos solares en un pequeño foco, así en el acto del juicio la inteligencia debe agrupar todos los datos para hacerlos perceptibles de una ojeada, para contemplarlos con toda claridad y darse cuenta del resultado de un modo preciso y seguro.

La gran dificultad del juicio, proviene de que en la mayor parte de los casos hemos de pasar del efecto á la causa, marcha insegura siempre y expuesta á todos los errores. Mas, aun siendo así, en todas las ciencias experimentales y en los acontecimientos de la vida real, es este el único camino que se nos abre. Hacer experimentos es tratar de seguir este camino en dirección opuesta; por eso el experimento es decisivo, pues permite menos el error, suponiendo que el experimento esté bien elegido y sea lealmente ejecutado, no á la manera de los de Newton en su teoría de los colores. La experiencia á su vez necesita ser discutida. Lo que da á las ciencias *a priori* (es decir, á la lógica y á las matemáticas), su perfecta certeza es que pueden seguir la ruta que va de la causa al efecto, rúa siempre segura. Esto les da el carácter de ciencias objetivas, de ciencias de tal naturaleza, que cuantos son capaces de comprenderlas han de estar unánimes en sus juicios acerca de las verdades que aquéllas exponen, lo cual es tanto más sorprendente, cuanto que estas ciencias son precisamente las que se fundan en las formas subjetivas de

la inteligencia, mientras que las ciencias empíricas son las únicas que no tratan más que materias palpablemente objetivas..

El ingenio y la perspicacia son igualmente manifestaciones del juicio; que en el primer caso obra por reflexión y en el segundo por inducción. En la mayor parte de los hombres la facultad del juicio sólo existe nominalmente. Es una ironía, en cierto modo, considerarla como una de las facultades normales, en vez de atribuirle sólo á los que verdaderamente la poseen. En los más insignificantes negocios de la vida, muestran las gentes vulgares que no tienen confianza en su propio juicio, sabiendo por experiencia que no deben fiarse de él. Lo reemplazan con prejuicios y con opiniones prestadas, lo cual les coloca en cierto modo en una especie de perpetua tutela, de la que pueden emanciparse pocos. Ciertamente es, que no confiesan esta incapacidad, pues para engañarse á sí mismos hacen como que juzgan, pero con el oído alerta á la opinión ajena, que es su secreto guía. Se sonrojaría cualquier a de ellos de llevar un traje ó un sombrero prestado, pero el uso de opiniones prestadas no les avergüenza; las recogen ávidamente dondequiera que les es posible hallarlas y una vez halladas, se adornan y se pavonean con ellas como si fueran suyas. Otros, á su vez, toman de estos esas mismas opiniones prestadas y las dan por propias. Así se comprende cómo los errores y el mal pueden extenderse tanto y tan rápidamente. Los que tienen abierta tienda de opiniones, como los periodistas y otros sujetos por el estilo, no despachan las más veces sino mercancías averiadas á la manera que los alquiladores de trajes de máscaras, no ofrecen á sus parroquianos más que percalinas y oropeles.